

Hans Christian Andersen

Pulgarcita



Hans Christian Andersen

Pulgarcita



LLAC

Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles

Título original: «Tommelise».

Autor: Hans Christian Andersen, 1835.

Adaptación colaborativa:

Ana Belén Luis, Alexander Rodríguez, Lucía Casado
y Cristina Sola, Laboratorio de Lenguaje Accesible (LLAC).
Caldelas de Tui, 2025. <<https://claroyfacil.es>>.

Ilustraciones: Eleanor Vere Boyle, 1872.

Esta adaptación es para todo el mundo
y no se puede comerciar con ella.

Índice

1. Nacimiento de Pulgarcita 7
2. Una visita nocturna 10
3. Los peces ayudan a Pulgarcita 14
4. El abejorro cambia de opinión 18
5. Un verano en el bosque 21
6. En la casa del ratón 23
7. Un vecino desagradable 25
8. ¿Muerta de frío? 29
9. Proyecto de boda 35
10. Huida 38
11. En las tierras cálidas 41
12. Un nombre hermoso 45
13. Nace un cuento 50

1

Nacimiento de Pulgarcita

Érase una mujer que quería tener un hijo,
pero no sabía dónde ir a buscarlo.

Al final decidió preguntarle a una bruja:

—Me gustaría mucho tener un hijo,
dime lo que tengo que hacer.

—Es muy fácil —respondió la bruja—.
Coge este grano de cebada
y plántalo en una maceta.
No es cebada como la que crece en el campo,
esta es distinta: tiene un poder mágico.

La mujer le dio las gracias, pagó a la bruja
y volvió a su casa.

Plantó el grano de cebada en una maceta,
como le había dicho la bruja,
y brotó enseguida una flor grande
parecida a un tulipán.

La flor estaba cerrada en forma de capullo.

—¡Qué flor tan bonita! —exclamó la mujer,
y besó la flor.

Cuando sus labios tocaron la flor,
esta se abrió con un ruidito.
Y en el centro de la flor, sentada,
había una muchachita preciosa y pequeñísima,
tan pequeña como el dedo pulgar.

Y por eso la mujer la llamó Pulgarcita.
Le preparó una camita en una cáscara de nuez,
hizo un colchón con hojitas azules de violetas
y tapó a la criaturita con un pétalo de rosa.

Allí dormía Pulgarcita por la noche
y por el día jugaba sobre la mesa:
la mujer había puesto un plato con agua
rodeado de flores
y Pulgarcita navegaba por el plato
subida en una hoja, como si fuera una barquita.

Pulgarcita era una maravilla.
Y cantaba muy bien,
con una vocecita dulce y delicada
como jamás hayas oído.

2

Una visita nocturna

Pero una noche un sapo gordo y viscoso se coló en la casa.

Saltó sobre la mesa donde Pulgarcita dormía en su camita, tapada con el pétalo de rosa.

«¡Será una bonita esposa para mi hijo!», pensó el sapo.

Y se llevó a Pulgarcita en su cáscara de nuez.

Junto a la casa había un jardín y, más allá, una gran charca llena de barro donde vivía el sapo con su hijo.

¡Uf!, ¡y qué feo y asqueroso era el hijo!
¡Igual que su padre!

Cuando el hijo del sapo vio a Pulgarcita dormida
solo se le ocurrió decir:

—¡Croac, croac!

—Habla más bajo —dijo el padre—.
Si se despierta, podría escaparse,
pues es ligera como una pluma de cisne.

»La pondremos en medio de la charca,
sobre un nenúfar.
Ahí estará como en una isla y no podrá huir.
Mientras tanto, prepararemos su habitación.

En medio del río crecían muchos nenúfares de redondas hojas verdes, muy grandes.

El viejo sapo eligió el nenúfar más grande y puso encima la cáscara de nuez con Pulgarcita.

Cuando se hizo de día, Pulgarcita despertó y, al ver que no estaba en su casa, se echó a llorar. Estaba rodeada de agua y no tenía modo de escapar.

El viejo sapo y su hijo terminaron de preparar la habitación y fueron a ver a Pulgarcita.

El viejo sapo se inclinó ante ella y le dijo:

—Te presento a mi hijo, él será tu marido y viviréis muy felices aquí, en la charca.

—¡Croac, croac! —dijo el hijo,
que era un sapo de pocas palabras.

Los sapos se llevaron la cáscara de nuez
a la nueva habitación
y Pulgarcita se quedó llorando sobre el nenúfar.

3

Los peces ayudan a Pulgarcita

¡Pulgarcita no quería vivir
con aquel repugnante sapo!

Los pececillos que nadaban por allí
oyeron sus lamentos
y asomaron las cabezas, curiosos.

Al ver a Pulgarcita, tan pequeña y tan bella,
sintieron compasión
y les dolió que tuviese que vivir en el barro
en compañía del horrible sapo.

¡Tenían que impedirlo!



Se juntaron todos los peces
y con los dientes cortaron el tallo del nenúfar
que crecía bajo el agua.

Al cortar el tallo, la hoja se fue flotando río abajo,
llevándose a Pulgarcita lejos de los sapos.

La corriente empujó el nenúfar,
que pasó por la ribera de muchos pueblos.

Los pájaros cantaban en la orilla
al ver pasar el nenúfar con Pulgarcita:
«¡Qué muchachita más preciosa!».

Pulgarcita estaba muy contenta
porque se había librado de los sapos
y, además, ¡era tan bonito el paisaje!

La hoja navegó río abajo y llegó a otro país.
Una bonita mariposa blanca vio a Pulgarcita
y se posó sobre el nenúfar.

4

El abejorro cambia de opinión

A la tarde, cuando el sol iluminaba el río
con una luz dorada,
Pulgarcita se quitó el cinturón
y ató un extremo al cuerpo de la mariposa
y el otro extremo al nenúfar.

Ahora la mariposa remolcaba el nenúfar
y avanzaba mucho más rápido.

Pero entonces pasó volando un gran abejorro
y, al ver a Pulgarcita, la atrapó entre sus patas
y la llevó hasta un árbol.

¡Qué susto se llevó Pulgarcita
cuando el abejorro se la llevó volando!

Pero lo que más le preocupaba era la mariposa,
que estaba atada al nenúfar.

Si no podía soltarse, se moriría de hambre.

Pero al abejorro aquello no le importaba.

Puso a Pulgarcita en el árbol
y le regaló el dulce néctar de las flores.

Le dijo que era muy bonita,
aunque no se parecía en nada a un abejorro.

Luego aparecieron los demás habitantes del árbol,
todos querían ver a la recién llegada.

Pero cuando los otros abejorros
vieron a Pulgarcita arrugaron las antenas:

—¡Solo tiene dos patas! —dijo una abejorra.

—¡No tiene antenas! —dijo otro abejorro.

—¡Uf, que fea! —decían todos los abejorros.

El abejorro pensaba que Pulgarcita era muy bella, pero como todos los demás decían que era fea, acabó por creérselo y dejó de quererla.

Le dijo a Pulgarcita que podía marcharse.

La bajó del árbol y la puso sobre una margarita.

Pulgarcita pensó con tristeza que era tan fea que ni los abejorros la querían.

Pero no era verdad: era muy bonita.

5

Un verano en el bosque

Pulgarcita pasó todo el verano sola
en el bosque inmenso.

Se hizo una cama tejiendo tallos de plantas
y la colgó debajo de una hoja de acedera
para protegerse de la lluvia.

Para comer tomaba el néctar de las flores,
como si fuera una abeja,
y bebía el rocío que cubría las hojas por la mañana.

Pasó el verano, luego el otoño.
Y al final llegó el invierno, el frío y largo invierno.

Los pájaros dejaron de cantar y se marcharon,
las flores se secaron,
y también se secó la hoja de acedera
que le servía de techo.

Pulgarcita pasaba mucho frío
y su vestido estaba roto.

Empezó a nevar
y cada copo de nieve que le caía encima
la aplastaba... ¡Era tan pequeña!

Se envolvió en una hoja seca
tiritando de frío
y fue a buscar refugio y comida.

6

En la casa del ratón

Junto al bosque había un campo de trigo.
Lo habían segado hacía tiempo
y solo quedaban rastrojos secos.

Pulgarcita entró en el campo,
que para ella era como otro bosque.

Llegó a un agujero que parecía cómodo y calentito,
¡y estaba lleno de comida!

Era la casa de un ratón de campo
y Pulgarcita le pidió un trocito de grano de trigo,
pues llevaba dos días sin comer.

—¡Pobre muchacha! —exclamó el ratón, que era ya viejo—, pasa, pasa, comerás conmigo y podrás calentarte.

Al Ratón le pareció muy simpática Pulgarcita y le dijo que podía quedarse a pasar el invierno.

—A cambio, puedes limpiar la casa y contarme cuentos —dijo el ratón.

Pulgarcita aceptó y se quedó en la casa del ratón. Lo pasó bien limpiando y contándole cuentos.

7

Un vecino desagradable

—Hoy tenemos visita —dijo un día el ratón—.
Mi vecino viene a visitarme todas las semanas.
Es aún más rico que yo, tiene una casa grande
y lleva una hermosa chaqueta de terciopelo negro.
Si te casaras con él, nunca te faltaría nada.

»Es rico y culto, y es ciego.
Tendrás que contarle historias bonitas
y cantarle alguna canción.

El vecino era un topo.
Era muy culto, sí,
pero no soportaba el sol.

Y hablaba con desprecio de las flores
porque nunca las había visto.

Pulgarcita cantó para el topo
y, al oír su hermosa voz,
el topo se enamoró de ella.

El topo había excavado un largo túnel
desde su casa hasta la casa del ratón
e invitó al ratón y a Pulgarcita a pasear por él.

Les dijo que no se asustaran,
porque en el túnel había un pájaro muerto.
No sabía cómo había llegado allí.

El topo cogió un trozo de madera podrida
que en la oscuridad brillaba como una linterna.

Al llegar al sitio donde estaba el pájaro muerto,
el topo abrió un agujero en el techo del túnel
para que entrara la luz.

Entonces Pulgarcita y el ratón vieron
que era una golondrina.
Parecía haber muerto de frío.

A Pulgarcita le dolió el corazón,
pues quería mucho a los pájaros
que cantaban todo el verano en el bosque.

Pero el topo empujó a la golondrina
con una de sus cortas patas y dijo:

—¡Este pájaro ya no volverá a chillar!

»¡Qué triste es nacer pájaro!
¡Solo saben cantar
y en invierno se mueren de hambre!

—Tienes razón —dijo el ratón—.
¿De qué le sirve al pájaro su canto
cuando llega el invierno?
De nada, porque mueren de hambre y de frío.
Pero a algunos les gusta su canto.

Pulgarcita no dijo nada,
pero cuando los otros se volvieron de espaldas,
ella se inclinó sobre la golondrina y la besó.

El topo volvió a cerrar el agujero
y acompañó a casa a sus vecinos.

8

¿Muerta de frío?

Pulgarcita estuvo toda la noche
tejiendo una manta de paja,
luego fue al túnel y tapó con ella a la golondrina.

—¡Adiós, querido pajarito! —se despidió—.
Gracias por tu canto, porque quizá eras tú
el que alegró mi corazón en verano,
cuando los árboles estaban verdes
y el sol nos calentaba con sus rayos.

Apoyó la cabeza en el pecho del pájaro, triste,
y notó algo, como si latiera un corazón...

¡La golondrina estaba viva!

El frío la había dejado rígida,
pero el calor la reanimó.

En otoño las golondrinas se marchan
a tierras cálidas,
y, si alguna se retrasa, se enfría,
entonces cae como muerta y ahí se queda,
mientras la nieve la va cubriendo.

La golondrina se movió un poco
y Pulgarcita se echó a temblar,
porque el pájaro era enorme
en comparación con ella.

Pero no huyó, y arropó como pudo a la golondrina, procurando que estuviera cómoda.

A la noche siguiente fue a ver cómo se encontraba. La golondrina abrió los ojos y vio a Pulgarcita, que estaba a su lado iluminando el túnel con un trocito de madera podrida.

—¡Gracias! —dijo la golondrina—. Ya he entrado en calor, pronto me levantaré y volaré bajo los rayos del sol.

—¡Ay! —respondió Pulgarcita—, aún hace mucho frío, nieva y hiela. Quédate en tu cama calentita, yo te cuidaré.

Le llevó agua en una hoja para que bebiese.
La golondrina le contó que se hirió un ala
y por eso no pudo irse volando
con sus compañeras a las tierras cálidas.

No sabía cómo había ido a parar a aquel túnel,
solo recordaba que se había caído al suelo.

Durante todo el invierno Pulgarcita cuidó de la golondrina,
pero le dijo nada al ratón ni al topo,
porque a ellos no les gustaban los pájaros.

Llegó la primavera
y el sol comenzó a calentar la tierra.

Entonces Pulgarcita abrió el agujero
que había hecho el topo
para que la golondrina pudiera salir del túnel.

Por el agujero entró un hermoso rayo de sol
y la golondrina le preguntó a Pulgarcita
si quería marcharse con ella.

—Súbete a mi espalda
y nos iremos volando hacia el bosque.

Pero Pulgarcita sabía que el ratón
sentiría mucha pena si lo abandonaba
y le dijo a la golondrina:

—Me gustaría irme contigo, pero no puedo.

—¡Entonces, adiós, querida Pulgarcita!

Y la golondrina voló hacia la luz del sol cantando en su propia lengua: «¡Cui-vit, cui-vit! ¡Tris, tris!».

Pulgarcita la siguió con la mirada
y los ojos se le llenaron de lágrimas,
porque se había encariñado con la golondrina.

9

Proyecto de boda

El trigo había vuelto a crecer
y era tan alto que casi no dejaba ver el cielo.

Un día, el ratón le dijo a Pulgarcita
que el topo quería casarse con ella.

Pulgarcita no quería casarse con el topo,
pero el ratón lo había decidido por su cuenta
y contrató a dos arañas
para que ayudaran a Pulgarcita a tejer
las sábanas para su noche de bodas.

Todas las tardes el topo iba a la casa del ratón
para hablar de su boda con Pulgarcita.
Dijo que se casarían cuando acabara el verano.

Cada mañana y cada atardecer
Pulgarcita salía de la casa del ratón
para mirar el cielo azul
y recordar a la querida golondrina.

Llegó el otoño y el topo le dijo a Pulgarcita:

—Dentro de un mes nos casaremos.

Pulgarcita lloró y le dijo al ratón
que nunca se casaría
con el desagradable topo.

—¡Tonterías! —exclamó el ratón—.

Si insistes en no casarte, te morderé.

Es un buen topo, es muy rico

y su casa está llena de comida.

Deberías dar las gracias por tu buena suerte.

El ratón y el topo fijaron la fecha de la boda.

Cuando se casaran, el topo se llevaría a Pulgarcita

a las profundidades de la tierra

y ya nunca volvería a ver el sol,

porque al topo no le gustaba.

10

Huida

Pulgarcita se sentía muy desgraciada.
Justo antes de la boda, salió de la casa
por última vez para despedirse del sol.

—¡Adiós, brillante sol! —exclamó Pulgarcita,
extendiendo los brazos hacia el cielo—. ¡Adiós!

Luego se inclinó para besar
una florecilla roja y le dijo, llena de tristeza:

—Si ves a la golondrina, despídeme de ella...

—¡Cui-vit! —sonó una voz a su espalda.

Pulgarcita se volvió y levantó la cabeza:

¡Era la golondrina!

Pulgarcita le contó llorando a la golondrina lo desgraciada que se sentía por tener que casarse con el feo topo y vivir bajo tierra.

—Se acerca el invierno —dijo la golondrina—
y me voy a los países cálidos.
¿Quieres venir conmigo?
Volaremos lejos del feo topo
y de sus túneles oscuros.

»Volaremos sobre las montañas
hasta lugares donde el sol brilla con fuerza,
donde siempre es verano
y las flores son más bellas.

»Vente conmigo, Pulgarcita.

Tú me salvaste la vida

cuando yo me moría en aquel túnel horrible.

Ahora yo puedo ayudarte a volar lejos de aquí.

—¡Sí, me iré contigo! —dijo Pulgarcita.

La golondrina extendió sus alas

y Pulgarcita se subió a ella.

Luego se ató con su cinturón

a una de las plumas más fuertes.

En las tierras cálidas

La golondrina se elevó por los aires
y voló sobre los bosques y sobre el mar,
mucho más arriba que las más altas montañas,
siempre cubiertas de nieve.

Pulgarcita hubiera muerto de frío
en aquellas alturas,
pero se refugió bajo las plumas del ave
y solo asomaba su cabecita
para mirar los hermosos lugares
por los que pasaban.

Por fin llegaron a las tierras cálidas,
donde el sol brilla con más fuerza
y el cielo parece mucho más alto.

Pulgarcita vio campos de vides
con racimos de uvas negras, blancas y verdes.
Había naranjos y limoneros cargados de fruta
y el aire olía a flores de mirto y azahar.

Por los caminos correteaban hermosos niños
que jugaban con las mariposas.

Cada lugar por donde pasaban
parecía más bonito que el anterior.

Entonces llegaron a un lago azul.

En la orilla, junto a un bosque,
había un palacio muy antiguo
de piedra blanca que brillaba bajo el sol.

Por las columnas del palacio trepaban
las enredaderas
y en lo más alto había nidos de golondrinas.

—En uno de esos nidos está mi casa —dijo
la golondrina—. Pero ahí no estarías cómoda.
Es mejor que elijas una de esas bonitas flores.
Allí tendrás todo lo que puedas desear
para ser feliz.

Una de las columnas había caído hacía tiempo
y se había partido en tres pedazos.
Entre las piedras crecían unas hermosas flores blancas.

—¡Qué maravilla! —exclamó Pulgarcita,
aplaudiendo llena de alegría.

Un nombre hermoso

La golondrina voló con Pulgarcita hasta las flores blancas y la dejó sobre una de ellas.

¡Y qué sorpresa se llevó Pulgarcita al ver en una de las flores a un hombrecito, tan blanco y transparente que parecía de cristal!

Era del mismo tamaño que Pulgarcita. Llevaba una corona de oro en la cabeza y tenía unas alas muy delicadas.

Era un silfo, un espíritu de las flores. Y, por la corona, debía de ser el rey.

—¡Qué hermoso es! —dijo Pulgarcita
al oído de la golondrina.

El pequeño rey tuvo miedo de la golondrina,
porque a su lado parecía gigantesca.

Pero luego vio a Pulgarcita y pensó que era
la más hermosa criatura que había visto nunca.

Entonces el silfo se quitó la corona de oro
y la colocó sobre la cabeza de Pulgarcita.

Le preguntó a Pulgarcita cómo se llamaba.
Luego le preguntó si quería ser su esposa
y reinar con él sobre las flores.

Y Pulgarcita contestó: «Sí».



Entonces todas las flores se abrieron
y de ellas salieron seres diminutos,
tan bonitos todos... ¡Un espectáculo maravilloso!

Cada una de aquellas personitas
le dio a Pulgarcita un regalo.
El mejor de todos fue un par de hermosas alas
que habían pertenecido a una gran mosca blanca.

Le ataron a Pulgarcita las alas en los hombros
para que también ella pudiese volar de flor en flor.

Luego hubo una fiesta
y le pidieron a la golondrina
que cantara una canción de boda.

Y la golondrina cantó,
aunque su corazón estaba triste,
pues quería mucho a Pulgarcita
y hubiera deseado no separarse nunca de ella.

—Ya no serás nunca más Pulgarcita —dijo el rey silfo—.
Eres demasiado bella para llamarte así.
A partir de ahora tu nombre será Maya.

13

Nace un cuento

Un tiempo después la golondrina se despidió y regresó a Dinamarca.

Allí tenía otro nido:
estaba bajo la ventana de una casa
donde vivía un escritor de cuentos.

Al llegar, la golondrina cantó en su propia lengua:
«¡Cui-vit, cui-vit! ¡Tris, tris!».

El escritor escuchó el canto de la golondrina...
Y de aquel canto nació este cuento.

